



## Inmaculada

Graciela Garófalo

Bandecca mete el pie desnudo en la tina y prueba. El agua está todavía muy caliente para esa recién nacida, que grita entre sus brazos.

El llanto de la niña impregna el silencio de la habitación, suspendida como en una bola de aire denso, sin ruido, en un tiempo oscuro y pesado. Solo la pequeña que llora. Las mujeres a su alrededor... apenas rostros lívidos iluminados por el fuego del brasero y las velas consumiéndose. Sus ojos siguen los movimientos de Bandecca. Esperan escuchar la voz, la orden para arreglar el cuerpo de Ginevra. Su sangre y su sudor, enfriándose.

Acabaron los trajines risueños, los paños blancos, las sales y tisanas, el agua caliente de hoy. ¿Fue hoy cuando Ginevra pujaba con todas sus fuerzas y parecía que todo iba a salir bien, como en los seis partos anteriores?

Siete con esta niña gritona. Siete. Otra más que agregar a la lista prolija que lleva, el ahora otra vez viudo, Sr. Dati.

Bandecca conoce bien esa lista. Ayudó en los últimos partos de la madre hasta que ésta murió de pura debilidad, días después de nacer Enzo su séptimo hermano. Desde los primeros alumbramientos de Ginevra -la mujer con quien la reemplazó tres meses después- se destacó como hábil partera. Dati orgulloso, la premió con el acceso al libro donde lleva registrados sus fructíferos negocios de la seda. Allí, en las últimas páginas, contabiliza los partos de sus sucesivas esposas. De la primera no, porque

murió unos meses después de abortar al que hubiera sido su primer hijo. Pero en reconocimiento, cuando nació la mayor de la segunda esposa, Berta, le puso su nombre: Bandecca.

El Sr, Dati, tiene una caligrafía redonda, grande, ni un borrón, ni un rayón en el papel. Primero la fecha, a la izquierda una columna para los hijos varones, cinco; a la derecha las mujeres, ocho, cada uno con sus nombres y entre paréntesis, el nombre de la madre, Berta y luego Ginevra. Ginevra, hasta hace un instante.

Ahora Bandecca siente el cansancio en todo su cuerpo, un vacío extraño y negro. El agotamiento que sobreviene al creer saber y poder.

Arremangada, la falda sujeta en la cintura, la cofia blanca ladeada, dejando escapar mechones de cabello oscuro. Sus manos que consuelan, acercan la luz, o el abrigo... De pronto de rodillas, hurgando con sus dedos hábiles, buscando... Los forcejeos, los tirones... Sujeta, calma, refresca. El taburete a un lado, sin siquiera poder sentarse a descansar. Ahora atrás de ella, acariciando con ternura la frente afebrada. Todo para descubrir que no se sabe tanto, que no se puede tanto.

Casi un día llevó hacer nacer esta criatura. El agua ya está lista para el baño de la última hija de Ginevra. Bandecca da la orden para que entre el Sr. Dati.

Esta vez, va a ser distinto, no se va a preparar el cuerpo. Las mujeres la miran extrañadas, pero ella lo confirma: que no se cierren sus ojos para ocultar el terror, que no se deshaga el rictus de dolor de su boca, que no se peinen sus cabellos desgreñados, que no se quite la sangre que poco a poco lo invade todo.

Desliza la niña dentro de la tina, y la suelta.